

# Discurso, identidad y praxis en la política exterior de China en África a la luz del constructivismo, 1949-2000

## *Discourse, Identity and Praxis in China's Foreign Policy in Africa in the Light of Constructivism, 1949-2000*

Daniel Lemus Delgado\*

### Resumen

El trabajo analiza la relación entre la política exterior de la República Popular China hacia África y la identidad del Estado chino. Para tal efecto, se parte de un enfoque teórico constructivista que sostiene que la política exterior de un Estado está moldeada tanto por las estructuras materiales como por las estructuras ideacionales. Por lo que se asume que los intereses de un país que dictan la política exterior, están determinados por la identidad que un Estado asume en la comunidad internacional. Este trabajo sostiene, además, que la comprensión de la identidad de un Estado debe incluir el análisis de su historia en una visión de larga duración y analiza el caso del discurso de la política exterior de China hacia África entre los años de 1949 y 2000. Finalmente, se concluye que el alto grado de continuidad y congruencia del discurso chino hacia África responde a la identidad misma del Estado chino.

**Palabras clave:** Constructivismo, política exterior, identidad, República Popular China, África, relaciones internacionales.

### Abstract

This paper analyzes the relationship between Chinese foreign policy for Africa and the identity of Chinese state. It builds on the Constructivist theory to argue that the foreign policy of a State is shaped by material and ideational structures. Therefore, it is also argued that interests of a state are determined by its identity in the international arena. Moreover, it is suggested that in order to understand the identity of state an approach to History in a *longue durée* view is required. These ideas are tested

\* Doctor en Relaciones Internacionales Transpacificas por la Universidad de Colima y maestro en Estudios Humanísticos por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM). Profesor-investigador del Centro Asia Pacífico del ITESM, *campus* Guadalajara. Correo electrónico: dlemus@itesm.mx

on a sample of the analysis of the Chinese discourse about Africa between the years of 1949-2000. In the conclusion, it is stated that the continuity and consistency of the Chinese discourse on Africa responds to the identity of the Chinese state.

**Key words:** Constructivism, foreign policy, identity, People's Republic of China, Africa, international relations.

## Introducción

En la primavera del año 2011 Wang Jisi, profesor de la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad de Beijing, planteaba en un artículo publicado en la revista *Foreign Affairs*, sus reflexiones en torno a los desafíos que enfrentaba la “Gran Estrategia” de la República Popular China<sup>1</sup> para consolidar el ascenso de este país en el escenario internacional. En sus reflexiones, Wang apuntaba que cualquier “Gran Estrategia”, sin importar de que país se tratara, debería responder al menos a tres cuestionamientos: ¿cuáles son los intereses fundamentales de una nación? ¿qué fuerzas externas los amenazan? y ¿qué puede hacer la élite burocrática para proteger dichos intereses? El problema, en el caso chino desde la óptica de Wang, consistía en cómo responder a estas inquietudes en el contexto de un Estado que experimenta una transición inconclusa, la cual inició con el proceso de apertura y reforma económica emprendido hace más de 30 años.<sup>2</sup>

Esta inquietud de Wang no es solamente una preocupación de carácter intelectual, ya que el definir las pautas que marcan el rumbo de la política exterior de este país es fundamental debido al papel protagonista que China ha asumido en los últimos años. El mundo no se comprende sin su presencia, como tampoco dicho país puede entenderse sin considerar los acontecimientos del mundo. Sin embargo, generar una visión comprensiva de la interacción dinámica presente en la política exterior sólo es posible si se parte de un marco teórico preestablecido.

<sup>1</sup> Wang Jisi, “China’s Search for a Grand Strategy: A Rising Great Power Finds Its Way” en *Foreign Affairs*, vol. 90, núm. 2, Nueva York, marzo-abril 2011, pp. 68-79.

<sup>2</sup> Conforme a Feaver, la “Gran Estrategia” es la suma de los planes y las políticas que conforman un esfuerzo deliberado por parte del Estado para aprovechar los instrumentos políticos, militares, diplomáticos y económicos, con el propósito de promover los intereses nacionales de un Estado. La “Gran Estrategia” es una acción propositiva, lo que los líderes piensan y quieren. Evidentemente, tal acción está limitada por factores que los líderes reconocen de manera explícita, por ejemplo, las condiciones presupuestarias y las limitaciones inherentes a la diplomacia, y por aquellos que puedan percibirse sólo de forma implícita, como los patrones culturales o cognitivos que dan forma a las visiones del mundo. Peter Feaver, “What is Grand Strategy and Why Do We Need It?” en *Foreign Policy*, 8 de abril de 2009, disponible en [http://shadow.foreignpolicy.com/posts/2009/04/08/what\\_is\\_grand\\_strategy\\_and\\_why\\_do\\_we\\_need\\_it](http://shadow.foreignpolicy.com/posts/2009/04/08/what_is_grand_strategy_and_why_do_we_need_it)

En otras palabras, generar una visión panorámica y congruente de la realidad internacional, exige partir de una aproximación teórica que permita presentar una visión coherente que considere ciertas generalizaciones previas. Evidentemente, éstas deben ser validadas, contrastadas y enriquecidas a partir de la evidencia empírica.

Así, si queremos comprender la conformación de la “Gran Estrategia” de China es necesario analizar, caso por caso, cómo se formula esta estrategia, así como la manera en que se rediseña y se lleva a la práctica. En este sentido, el análisis de la política exterior hacia África constituye un ejemplo que permite considerar dos aspectos importantes sobre la proyección del país asiático más allá de sus fronteras. En primer lugar, permite comprender cómo la política exterior es un instrumento que facilita el abastecimiento de recursos naturales y el acceso a mercados de África; en segundo término, permite descubrir cómo la política exterior es, al mismo tiempo, una oportunidad para proyectar la imagen de una Gran China. Esta imagen refleja que discursivamente se relaciona en forma distinta con los países africanos, a partir de visiones concretas del escenario internacional, basadas en los propios procesos históricos y sociales que el pueblo chino ha experimentado durante el periodo de incorporación a la modernidad.

Ahora bien, es importante que el análisis de la relación sino africana parta de un marco de referencia que, considerando ciertos supuestos *a priori*, permita analizar y sistematizar la información que tenemos a nuestro alcance. En este sentido, sugiero que el constructivismo, como un enfoque teórico de las Relaciones Internacionales, puede ofrecer un adecuado marco de análisis que permita entender la política exterior de China respecto a África, durante el periodo comprendido entre la fundación de la República Popular, en 1949, hasta el establecimiento del Foro de Cooperación China África en el año 2000.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Una de las críticas frecuentes hacia el constructivismo es la ausencia de claridad sobre lo que es, pues no existe una clara delimitación de su marco conceptual ni de sus objetivos; generalmente, su definición parte de lo que no es: una aproximación que desafía los supuestos racionalistas del conocimiento. Maja Zhefuss, *Constructivism in International Relations: The Politics of Reality*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 289. Los mismos constructivistas han sido clasificados como convencionales, críticos y posmodernos, cuyo elemento en común es la certeza de que la manera en que el mundo material se forma y es formado por la acción y la interacción humana, depende una dinámica normativa y de las interpretaciones epistémicas del mundo material. En este artículo partimos del supuesto de que el constructivismo presenta más un enfoque teórico que una teoría consumada, el cual es útil para el análisis de una parte de la realidad contemporánea China. Como lo señala Santa Cruz “(...) el constructivismo no es una teoría sustantiva de las Relaciones Internacionales, se trata más bien de un marco analítico para estudiar la política mundial”. Arturo Santa Cruz, “Introducción” en Arturo Santa Cruz (ed.), *El constructivismo y las relaciones internacionales*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 2009, p. 10.

Este trabajo sólo aborda uno de los ángulos de la política exterior: el que se refiere al discurso, un medio privilegiado para la construcción de una imagen de China. Evidentemente, la realidad es más compleja y en no pocas ocasiones el discurso se aleja de la complejidad de la presencia de este país en África y la puesta en marcha de la política exterior. Por lo tanto, este trabajo deja a un lado, por ejemplo, la manera en que el gobierno fomentó los movimientos guerrilleros en algunos países africanos como respuesta al desafío hegemónico soviético y no necesariamente como un impulso auténtico hacia los movimientos de liberación nacional de la región. La idea de centrarse en el discurso se debe a que es un medio por el cual se refleja y se reafirma la identidad de un Estado.

## Constructivismo y política exterior

Una de las preocupaciones fundamentales de la disciplina de Relaciones Internacionales ha sido comprender la naturaleza de los Estados y los elementos que determinan su comportamiento en el escenario internacional.<sup>4</sup> Esta preocupación ha estado presente en las diferentes aproximaciones teóricas de la disciplina, en su interés por analizar y valorar la participación de los Estados en el orden internacional y en la reflexión continua sobre la relación entre las estructuras, los Estados y los demás agentes del escenario internacional.<sup>5</sup> Así, un elemento clave de discusión en los debates al interior de la disciplina ha sido establecer aquello que es lo que determina el comportamiento de los Estados y, por lo tanto, qué es lo que define su política exterior.<sup>6</sup> De esta manera, si se quiere comprender la naturaleza y la lógica de actuar de China en el contexto internacional,

<sup>4</sup> Robert Jackson, *Classical and Modern Thought on International Relations*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2005, pp. 1-16.

<sup>5</sup> Colin Wight, *Agents, Structures and International Relations, Politics as Ontology*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, pp. 1-8.

<sup>6</sup> En la visión tradicional de los grandes debates al interior de la disciplina pueden ser clasificados cronológicamente de la siguiente manera: Realismo *versus* Idealismo (década de los años treinta), Tradicionalismo *versus* Conductismo (década de los años sesenta), Neoliberalismo *versus* Neorealismo (década de los años ochenta) y Racionalismo *versus* Reflexionismo (década de los años noventa). Juanita Elias y Peter Sutch, *The Basics: International Relations*, Routledge, Nueva York, 2007, pp. 7-13. Para una visión crítica sobre esta manera de mirar los debates, puede consultarse el artículo de Schmidt, quien sostiene que estos debates son más bien aproximaciones ahistóricas y reinterpretativas desde un presente descontextualizando el pasado con la intención de justificar la razón de ser de Relaciones Internacionales como disciplina científica. Brian Schmidt, "On the History and Historiography of International Relations" en Walter Carlsnaes, Thomas Risse y Beth Simmons (eds.), *Handbook of International Relations*, Sage Publications, Londres, 2002, pp. 3-22.

es necesario comprender los factores que han constituido su política exterior y que definen las características de las relaciones que establece con otros Estados en la arena internacional.

En este contexto, el constructivismo se presenta como una aproximación teórica que pretende comprender el actuar de los Estados alejándose de la visión tradicional excesivamente materialista, que considera que estos se comportan simplemente conforme a la suma de sus intereses, en forma racional y calculadora.<sup>7</sup> Por el contrario, el enfoque constructivista enfatiza el hecho de que en el actuar de los Estados tienen la misma importancia las estructuras materiales que las estructuras normativas, las cuales son constituidas ideacionalmente.<sup>8</sup> De hecho, los elementos materiales sólo adquieren significado para la acción humana a través de la estructura de conocimiento compartido que es socialmente incorporado.<sup>9</sup> De esta manera, los Estados son obligados a actuar no sólo por determinantes materiales, sino también por las estructuras sociales normativas prevalecientes en el contexto internacional.<sup>10</sup> Por lo tanto, la manera en que el Estado cumple sus metas y se relaciona con otros agentes es, ante todo, una cuestión social.<sup>11</sup>

Así, se puede sugerir que no basta una mirada a las estructuras materiales para comprender la política exterior china en África o en cualquier otra región del mundo, sino que también se requiere abordar el fenómeno desde la dimensión ideacional, la cual tiene profundas raíces en el mundo social. La política exterior de los Estados es, en buena medida, el resultado de los valores, los puntos de vista y las ideas sobre el lugar que cada país ocupa en el escenario internacional.<sup>12</sup> Esta dimensión ideacional, un constructo histórico-social que se posiciona en el imaginario colectivo, es asumida por la élite burocrática que ha bosquejado la política exterior, partiendo de la interpretación sobre el lugar que China tiene y

<sup>7</sup> John Hobson, *The State and the International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 145. Ante la visión realista de la política exterior de los Estados y su contraparte liberal, es aquí donde el constructivismo se muestra, en expresión de Addler, como el “punto medio”, pues afirma que tanto las estructuras materiales como las estructuras ideacionales son fundamentales para comprender el actuar de los Estados. Emanuel Addler, “Constructivism and International Relations” en Walter Carlsnaes, Thomas Risse y Beth Simmons, (eds.), *Handbook of International Relations*, Sage Publications, Londres, 2002, pp. 95-118.

<sup>8</sup> Christian Reus-Smith, “Constructivism” en Scott Burchill *et al.* (eds.), *Theories of International Relations*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2005, pp. 188-210.

<sup>9</sup> Emmanuel Addler, *op. cit.*, pp. 95-118.

<sup>10</sup> John Hobson, *op. cit.*, p. 147.

<sup>11</sup> Martin Griffiths, Terry O’Callaghan y Steven C. Roach, *International Relations: The Key Concepts*, Routledge, Nueva York, 2008, pp. 51-53.

<sup>12</sup> Marc A. Genest, *Conflict and Cooperation: Evolving Theories of International Relations*, Wadsworth Publishing Belmont, California, 2004, pp. 1-15.

debe tener en el mundo. Esta interpretación, como los constructivistas sugieren, es moldeada por elementos colectivos más que por la suma de visiones individuales. Al final de cuentas, las personas comprendemos la realidad en forma epistémica, normativa e ideológica en un contexto histórico social.<sup>13</sup>

Al aceptar que las normas sociales son también un elemento fundamental que determina el quehacer de los Estados, los constructivistas consideran que las ideas, las creencias y las identidades colectivas son la clave para comprender el escenario internacional.<sup>14</sup> La identidad, al final de cuentas, afecta las preferencias y las metas de los actores del escenario internacional, incluyendo a los Estados.<sup>15</sup> Ante la pregunta sobre cuáles son los intereses fundamentales de una nación, la respuesta desde la perspectiva constructivista es que estos no son dados por naturaleza, sino que se determinan socialmente, por medio de una interpretación del mundo, la cual es dinámica y colectiva.

De esta manera, se puede afirmar que la postura de China sobre África ha variado en los últimos 60 años, considerando tanto los sucesos internos como los cambios que se han presentado en el contexto internacional. Así, esta relación es dialéctica, que en última instancia se concretiza en los intereses que son el resultado de la identidad que el Estado asume y proyecta en el escenario internacional.

Entre los múltiples componentes de la identidad del pueblo chino, uno que ha pasado a primer plano en los últimos años se relaciona con el despliegue de una imagen de potencia mundial. Esta identidad se enfoca en el pasado, el presente y el futuro de China en la arena internacional y en no pocas ocasiones la política exterior se concentra en la intención de proyectar una imagen de un Estado poderoso en comparación con los otros países que cuentan con sus propias ambiciones.<sup>16</sup> Desde esta óptica, estos intereses reflejan, pero contribuyen también, a forjar una identidad como potencia ascendente.

Los intereses de China son la suma tanto de aspectos materiales como de aspectos aspiracionales, que se ubican en la esfera de las interpretaciones identitarias, normativas e institucionales. Así, si se quiere comprender la naturaleza y la lógica de actuar del país en el contexto internacional desde una perspectiva constructivista, es necesario comprender cómo construye sus intereses a partir tanto de sus necesidades materiales como de las que se originan de su identidad,

<sup>13</sup> Emmanuel Addler, *op. cit.*, pp. 95-118.

<sup>14</sup> Marc A. Genest, *op. cit.*, pp. 1-15.

<sup>15</sup> Fred Chernoff, *Theory and Metatheory in International Relations: Concepts and Contending Accounts*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2007, pp. 143-145.

<sup>16</sup> Guoli Liu, "Introduction" en Guoli Liu (ed.), *Chinese Foreign Policy in Transition*, pp. 1-24; y Aldine de Gruyter, Nueva York, 2004, pp. 1-24.

y cómo estas identidades son construidas y recreadas por una élite gobernante que permite determinar lo que un Estado hace o deja de hacer en el escenario internacional.

De esta manera, es importante considerar desde la perspectiva constructivista que las ideas, las creencias y las identidades son moldeadas por medio de tres mecanismos: la imaginación, la comunicación y las normas sociales.<sup>17</sup> Evidentemente, la élite gobernante ha puesto en marcha la maquinaria estatal para construir una parte del imaginario colectivo sobre el pasado, el presente y el futuro del país, a la vez que comunican dicho imaginario como un elemento de cohesión social. Por supuesto, se dejan de un lado otros aspectos de la identidad del pueblo que pudieran contrariar la imagen de una y única China, como es el caso de la presencia de las minorías étnicas.<sup>18</sup> Estas formas de proceder se concretizan, por ejemplo, en eventos deportivos de primer orden, como los Juegos Olímpicos en Beijing, o en eventos masivos difundidos a nivel nacional, como el desfile del 60 aniversario del triunfo de la revolución comunista.<sup>19</sup>

Las identidades, al igual que los intereses y las instituciones, son el resultado de las configuraciones sociales que no son objetivas ni subjetivas, sino que se trata de construcciones intersubjetivas; es decir, realidades cuya interpretación es compartida gracias a la estabilidad de su significado.<sup>20</sup> Si se acepta esta lógica de comprender los asuntos internacionales, entonces se puede asumir que la participación en el escenario internacional va de la mano de la identidad construida socialmente e impulsada desde las estructuras estatales sobre lo que China es y aspira a ser en un futuro no lejano.

Ahora bien, la identidad no es un objeto dado, sino que se constituye sobre la base de los significados. Identidades, intereses, instituciones no se generan desde afuera, sino desde adentro, a partir de un proceso sobre el que los actores sostienen

<sup>17</sup> Christian Reus-Smith, *op. cit.*, pp. 188-210.

<sup>18</sup> La República Popular China reconoce la presencia de 55 minorías étnicas que denomina “minorías nacionales” y que en conjunto representan entre el 8 y 6 por ciento de la población total, mientras que la mayoría de la población pertenece a la etnia Han; paradójicamente, estas etnias minoritarias asumen territorialmente 64% de la superficie del Estado chino, a través de las Regiones Autónomas. Francisco Haro, “Beijing frente a las minorías nacionales: la fe grande y las fes pequeñas” en Romer Cornejo (coord.), *China: radiografía de una potencia en ascenso*, El Colegio de México, México, pp. 527-595.

<sup>19</sup> Daniel Lemus Delgado, “La construcción de la nueva imagen de China a través de los medios: análisis de la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Beijing y del Desfile del 60 aniversario de la fundación de la RPC”, en *Confines*, vol. 6, núm. 12, México, agosto-diciembre 2010, pp. 51-76.

<sup>20</sup> Alexander Wendt, “Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics” en *International Organization*, vol. 46, núm. 2, Cambridge, Primavera 1992, pp. 391-425.

lo que ellos y los otros son en el escenario internacional. Por lo tanto, la política exterior es un proceso dinámico que combina la identidad del yo con el otro. Así, las acciones de China, al igual que de cualquier otro Estado, conforman un reino de posibilidades cuyas concretizaciones son el resultado, en buena medida, de aquellas estructuras ideacionales que ayudan a comprender aquello que es necesario y posible.<sup>21</sup> De aquí la importancia de determinar qué significa África para China y cómo este significado ha sido constituido socialmente y fomentado de manera intencional por las élites burocráticas fortaleciendo ciertas percepciones que forjan las identidades.

### **El discurso histórico como marco interpretativo de las relaciones sino africanas**

Para comprender las estructuras ideacionales que han enmarcado las relaciones sino africanas es necesario introducir elementos históricos que, desde una visión de larga duración, permitan identificar algunas interpretaciones sobre el pasado que han moldeado el pensamiento colectivo del pueblo chino.<sup>22</sup> Este último, con múltiples significados y significantes, ha servido como plataforma para la interpretación que la élite gubernamental realiza sobre la conducción del Estado en política exterior. A su vez, es la base desde la cual se ha construido un discurso que fortalece el proceso identitario de China como actor estatal en el escenario internacional.

Si bien es cierto que la historia es un flujo constante de acontecimientos, actores y procesos que cohesionan o enfrentan a los miembros de una comunidad y que están estrechamente vinculados unos con otros, este conjunto de sucesos en el pasado tiene sentido en la medida que se interpreta a la luz de cada generación,

<sup>21</sup> Christian Reus-Smith, *op. cit.*, pp. 188-210.

<sup>22</sup> La idea de la larga duración tiene su origen en el pensamiento de Fernand Braudel, quien sugirió que para el análisis histórico es preciso reconocer la existencia de “diversos tiempos”; el primero de ellos, que parece incluso ser inamovible al paso de los años, lo considera de larga duración; el segundo está constituido por aquellos fenómenos coyunturales, que se presentan en tiempo de crisis y renovación; los últimos pertenecen a la esfera de la historia de los acontecimientos. Sin embargo, para Braudel los acontecimientos no son determinantes y se observan desde una perspectiva histórica que resulta que se encierran en fenómenos más largos: los acontecimientos sólo son posibles en un marco más amplio que hace referencia a una estructura en la que se mueven; en este sentido, los condicionan y los influyen de manera determinante. En palabras de Braudel: “Hemos llegado así, a una descomposición de la historia por pisos. O, si se quiere, a la distinción, dentro del tiempo, de la historia (...)”. Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 18.



en el presente. Esta interpretación, reiterada, asumida y comunicada una y otra vez, genera sólidas visiones del ayer que sirven no sólo para justificar lo que decimos que somos el día de hoy, sino para creer que la actualidad es así y que necesariamente debe ser así. Evidentemente, la historia como narración puede generar discursos críticos, no hegemónicos, que constituyen visiones alternas de la sociedad, en la que se expresan las voces disidentes al interior de una comunidad. En el fondo, ambos discursos históricos tienen el mismo impacto: fortalecer o crear identidades desde las cuales se gestiona un tipo particular de comportamiento y se le da sentido a la acción social y, en última instancia, a la existencia misma.

En el caso de China, múltiples acontecimientos en el pasado han conformado la identidad actual del pueblo, pero algunos de estos hechos son retomados con una mayor intensidad, consciente o inconscientemente, con la intención de justificar el tipo de relaciones que los dirigentes, por medio de los mecanismos políticos a su alcance, condicionan, guían, norman o conducen las relaciones con los países del continente africano.

El primero de estos elementos es la presencia del sistema tributario que se deriva de una visión jerárquica del mundo. Esta perspectiva tiene su fundamento en la obra atribuida a Confucio, quien formuló un sistema ético que justificaba la visión idealizada de la sociedad agrícola del siglo VI a. C.<sup>23</sup> El contexto histórico en que se desarrolló su obra comprende el periodo de los Reinos Combatientes, en el cual se desintegró el poder centralizado de la dinastía Zhou, dando paso a una época de desunión, conflicto, enfrentamiento y caos social.<sup>24</sup> La propuesta de Confucio, aunque ha sido generalmente presentada como un modelo ético de la Antigua China, tuvo su origen en la búsqueda de un modelo de gobierno que permitiera superar el caos y la anarquía derivada de las estructuras políticas de su tiempo.<sup>25</sup>

A partir de esta búsqueda del equilibrio y la armonía, Confucio sugiere la formación de un funcionario ideal, el *jun tzi*, capaz de gobernar por sus méritos y no por herencia.<sup>26</sup> Esta propuesta sería retomada siglos después, durante la dinastía Han, estableciendo el modelo mandarinal, cuyo sistema de exámenes de oposición para ocupar un cargo público a partir del conocimiento de los clásicos confucianos subsistió hasta 1905.<sup>27</sup> Por medio de una propuesta jerárquica del

<sup>23</sup> Yu-lan Fung, *A Short History of Chinese Philosophy*, Free Press, Nueva York, 1997, pp. 38-48.

<sup>24</sup> Flora Botton, *China: su historia y cultura hasta 1800*, El Colegio de México, México, 2000, pp. 71-78.

<sup>25</sup> Xinzhong Yao, *An Introduction to Confucianism*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 30-47.

<sup>26</sup> Flora Botton, *op. cit.*, pp. 83-86.

<sup>27</sup> Elisabetta E. Corsi, *Grandes obras de la literatura china*, UNAM, México, 2001, p. 13.

orden social, Confucio planteó que todas las relaciones humanas deberían enmarcarse en los principios de *Xiao* o piedad filial.<sup>28</sup> De esta manera, justificó ideológicamente uno de los elementos que durante más de 2 mil años dieron sentido a la actividad gubernamental en China: la visión jerárquica de la sociedad y del poder político.

En efecto, Confucio propuso que la mejor manera de gobernar era por medio de la virtud. El gobernante debía ser capaz de mantener la armonía y el orden social, como de la misma manera un padre era responsable de mantener el orden en su familia, al que los hijos le debían respeto y obediencia. Fundamentalmente, el mandato por la virtud consistía en apegarse a los principios de la piedad filial y respetar las cinco relaciones que daban sentido a la existencia del mundo chino.<sup>29</sup> En conjunto, éstas enfatizaban un sentido de jerarquía en el que cada miembro tenía ciertos deberes y responsabilidades de acuerdo al lugar que ocupaban en la sociedad.<sup>30</sup>

Esta visión jerárquica se concretizó en la visión de lo que hoy llamamos escenario internacional, en la relación que estableció el Imperio Chino con sus vecinos, un imperio civilizatorio cuya centralidad radicaba en la capacidad de conservar los valores de la civilización sínica.<sup>31</sup> Desde la comprensión del mundo conocido, China era el centro y los pueblos a su alrededor deberían girar en torno suyo.<sup>32</sup> En palabras de Confucio: “Quien gobierna mediante la virtud es como la estrella polar, que permanece fija en su casa mientras las demás estrellas giran respetuosamente alrededor de ella”.<sup>33</sup>

El gobierno de la virtud sería posible en la medida en que el emperador,

<sup>28</sup> Edward Slingerland, “Classical Confucianism: Confucius and the Lün-Yü”, en Bo Mou (ed.), *Routledge History of Philosophies: History of Chinese Philosophy*, Routledge, Nueva York, 2007, pp. 107-136.

<sup>29</sup> Una parte fundamental de la ética confuciana radicaba en la posibilidad de que toda persona realizara los actos correctos por el bien intrínseco que encierra el acto en sí mismo, sin esperar algún beneficio por la realización de dicha acción. Ahora bien, hacer lo correcto, en el orden social, era respetar estas cinco relaciones, de las cuales cuatro tienen un sentido notablemente jerárquico. Estas relaciones son las que están presentes entre gobernado-súbdito, padre-hijo, esposo-esposa, hermano mayor-hermano menor y amigo-amigo. Cada relación implica una responsabilidad de los deberes que se esperaba que cada quien llevara a cabo para la consecución de un orden social. Xinxhong Yao, *An Introduction to Confucianism*, Cambridge, University Press Cambridge, 2000, p. 344.

<sup>30</sup> Julia Ching, *Chinese Religions*, Orbis Books, Nueva York, 1993, p. 61.

<sup>31</sup> Gungwu Yo Wang, “China and the International Order: Some Historical Perspectives” en Gungwu Yo Wang y Yognian Zheng (eds.), *China and the New International Order*, Routledge, Nueva York, 2008, pp. 21-31.

<sup>32</sup> Micheal Ng-Quinn, “The Analytic Study of Chinese Foreign Policy”, en *International Studies Quarterly*, vol. 27, núm. 2, Nueva York, junio 1983, pp. 203-224.

<sup>33</sup> Confucio, *Analectas*, EDAF, Madrid, 1997, p. 43.

como cúspide del poder, fuera capaz de asumir su rol como *Tiānzǐ* o Hijo del Cielo.<sup>34</sup> Más allá de ser un monarca, el Hijo del Cielo era el símbolo de los valores que permitían que China fuera lo que era: el centro del mundo.<sup>35</sup> Por lo tanto, los pueblos vecinos, debían reconocer la superioridad y centralidad de la civilización sínica, encarnada en las estructuras políticas del imperio, rindiendo honores y tributos a cambio de su bondadosa protección.<sup>36</sup>

Este sistema tributario establecía un principio básico de reciprocidad pero no de igualdad, ya que la idea de igualdad no era un principio indispensable para alcanzar el orden y la armonía.<sup>37</sup> Y si bien es cierto que este sistema tributario permitió responder a necesidades materiales concretas para sostener algunos de los gastos de la corte imperial y significó un jugoso negocio para los comerciantes del puerto de Guangdong, al mismo tiempo justificó ideacionalmente el orden del mundo conocido en el cual China representaba el papel del hermano mayor, constituyéndose así una identidad sobre el deber ser de este Estado y de los pueblos vecinos. En otras palabras, la superioridad sustentada en su conceptualización de la civilización, generaba un deber ser que presumía el rol que cada Estado debía asumir en ese escenario.

Un segundo elemento retomado del pasado que ha enmarcado la conceptualización de las relaciones China-África es la serie de expediciones marítimas que emprendió el almirante Zheng He durante la dinastía Ming entre 1405 y 1433.<sup>38</sup> Estos viajes de exploración patrocinados por el emperador Zhu

<sup>34</sup> La idea del emperador como Hijo del Cielo se complementa con el precepto del Mandato del Cielo. En la Antigua China, los emperadores gobernaban en la medida que ayudaran en el cumplimiento del Mandato del Cielo, la fuerza natural que dictaba si una dinastía poseía la suficiente fuerza moral y rectitud para dirigir al pueblo. Cuando el Mandato se perdía por medio de la inmoralidad, la corrupción o cualquier otra acción que pudiera ofender al Cielo, los desastres naturales como sequías, heladas y desbordamientos de ríos, se presentaban haciendo evidente la inconformidad del mandato del cielo con el emperador. Las personas en China asumían entonces que un cambio de dinastía era eminente. John Faust y Judith Kornberg, *China in World Politics: Policies, Process and Prospects*, Lynne Rienner Publishers, Londres, 1995, p. 294.

<sup>35</sup> Gungwu Yo Wang, *op. cit.*, pp. 21-31.

<sup>36</sup> Paul A. Cohen, *China Unbound: Evolving Perspectives on the Chinese Past*, Routledge Curzon, Londres, 2003, p. 8.

<sup>37</sup> Martin Jaques sostiene que el sistema tributario lejos estuvo de ser universal; mientras que Corea, Japón, Vietnam y Myanmar pagaron tributo a China, un extenso número de Estados del sudeste de Asia, incluyendo a Malasia y Tailandia, estuvieron bajo la influencia china de manera intermitente. En la medida en que un país estuvieran más cerca geográficamente y culturalmente de China, era considerado más igual a ella que aquellos que se encontraban más alejados; por ejemplo, mientras que China era el hermano mayor, Corea representaba al hermano de en medio y Japón al hermano menor. Martin Jaques, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, The Penguin Press, Nueva York, 2009, p. 102.

<sup>38</sup> Gavin Menzies, *1421: el año en que China descubrió al mundo*, Random House Mondadori, México, 2006, pp. 89-144.

Di, no sólo fueron previos a las expediciones marítimas europeas, sino que también fueron más impresionantes en cuanto al tamaño de las flotas. Por ejemplo, una de las expediciones que comandaba Zheng He, llegó a estar compuesta por 317 embarcaciones y una tripulación de 28 mil personas.<sup>39</sup>

Los siete viajes de exploración de Zheng He, que bordearon las costas de Medio Oriente y África, no tenían como propósito buscar información del mundo más allá del mundo chino, ni pretendían establecer vínculos comerciales con territorios lejanos, ni conquistar tierras distantes para el imperio. El propósito era más complejo e idealizado: llevar el mensaje de que todos los extranjeros eran bienvenidos siempre y cuando aceptaran la superioridad de dicha civilización.<sup>40</sup>

El patrocinio de estas expediciones muestra hasta qué punto la visión de la élite burocrática imperial sobre las relaciones con el mundo se alejaba notablemente del sistema internacional que surgió a partir de la modernidad europea. No se trataba de pensar en un escenario de Estados soberanos con la misma jerarquía internacional. Era una forma de mirar al orbe desde la natural perspectiva de lo que debía ser: el espacio de relación distinta y diferenciada de los actores a partir de su valores civilizatorios. Estas relaciones establecían compromisos y deberes diferentes en los que se debería jugar el rol protagónico.

Un tercer elemento es el proceso de apertura forzada de China como consecuencia de la imposición de la modernidad. La visión sobre un mundo ordenado y jerárquico en el contexto internacional entró en crisis con la penetración de Occidente en el siglo XIX que forzó la apertura del país a las potencias occidentales, ante la incapacidad de la élite burocrática de comprender los principios básicos una nueva era en la que las reglas del juego ya no eran las mismas. Para los dirigentes chinos, este periodo sería comprendido como el siglo de la humillación, desde la Guerra del Opio, en 1839, hasta el establecimiento de la República Popular, en 1949.<sup>41</sup>

Desde el siglo XVIII, las demandas europeas, encabezadas por los británicos

<sup>39</sup> En comparación de las flotas europeas, las flotas chinas eran gigantescas. Por ejemplo, el primer viaje de Colón, en 1492, comprendía tres embarcaciones y 90 tripulantes; Vasco da Gama, en la expedición que circunnavegó África y llegó a la India en 1497, estaba compuesto por cuatro embarcaciones y 160 tripulantes; la expedición de Magallanes-Elcano, entre 1519 y 1522, que dio por primera vez la vuelta al mundo, estaba constituido por cinco embarcaciones y una tripulación de 265 personas. Richard Gunde, “Zheng He’s Voyages of Discovery”, UCLA International Institute, 20 de abril de 2004, disponible en <http://www.international.ucla.edu/article.asp?parentid=10387>

<sup>40</sup> Judith Faust y John Kornberg, *China in World Politics: Policies, Process and Prospects*, Lynne Rienner Publishers, Londres, 1995, pp. 8-10.

<sup>41</sup> Qaunsheng Zhao, “Modernization, Nationalism and Regionalism in China”, en Steven Hook (ed.), *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategies and Emerging Power*, Prentice Hall, Upper Saddle River, 2002, pp. 66-91.

para el libre acceso y el libre comercio, junto con la petición de establecer relaciones diplomáticas con el intercambio de embajadores, fueron una y otra vez denegadas. Para los emperadores, la noción de emisarios mandados por reyes lejanos que deberían ser tratados como iguales era más que absurda.<sup>42</sup> El resultado fue una incompreensión absoluta entre dos concepciones del sistema internacional: por una parte, el sistema internacional chino que era moldeado por fuerzas naturales –el Mandato del Cielo– generaba certeza y armonía sobre lo que el mundo debería ser; por otra parte, el rol que cada actor debía desempeñar en el sistema occidental generaba caos y anarquía, en donde los Estados soberanos entablaban una batalla sin límites por el poder.<sup>43</sup>

Esta incompreensión significó finalmente la intervención extranjera en asuntos internos chinos, el enfrentamiento con potencias extranjeras, la pérdida de soberanía y territorio y la firma de tratados desiguales con un inmenso costo económico y social.<sup>44</sup> Despertó también una serie de revueltas internas con una intensidad antes nunca vista, como la rebelión Taiping, que costó 20 millones de vidas.<sup>45</sup> Dentro de todas las humillaciones, probablemente la derrota ante los japoneses y la posterior firma del Tratado de Shimonoseky en 1895, representó un punto de ruptura y no retorno en la conceptualización del mundo chino.<sup>46</sup> El ideal de Confucio de orden y armonía debía ser sustituido por el mundo moderno de extirpe occidental.

Finalmente, es necesario considerar el surgimiento del nacionalismo como fuente de generación identitaria que se expresa e influye la política exterior. China, antes de ser un Estado, se constituyó como una unidad civilizatoria; antes de ser

<sup>42</sup> Henry Kissinger, *China*, Barcelona, Random House Mondadori, 2012, pp. 65, 131-165.

<sup>43</sup> Judith Faust y John Kornberg, *op. cit.*, p. 12.

<sup>44</sup> El primero de estos tratados desiguales fue el Tratado de Nanjing, firmado al término de la Primera Guerra del Opio, en 1842, entre Gran Bretaña y China. En este tratado se establecía la apertura de cinco puertos al comercio británico (Guangzhou, Shanghai, Ningbo, Xiamen y Fuzhou); el fin de los monopolios mercantiles y el establecimiento del sistema de libre comercio; la garantía de los derechos de extraterritorialidad de los británicos que residieran en los puertos chinos; el pago al gobierno británico de 21 millones de dólares como indemnización y la cesión de la isla de Hong Kong a Gran Bretaña por un periodo de 150 años. Harriet Evans, *Historia de China desde 1800*, El Colegio de México, México, 1989, pp. 44-45.

<sup>45</sup> Jonathan Fenby, *Modern China: The Fall and Rise of a Great Power, 1850 to the Present*, Harper Collins Publisher, Nueva York, 2008, p. 19.

<sup>46</sup> El tratado de paz de Shimonoseky, firmado entre China y Japón en 1895, impuso a China la renuncia de su protectorado en Corea, además de la pérdida de la península de Liaoning y la isla de Taiwán, que pasaron a ser parte del territorio japonés. Harriet Evans, *op. cit.*, p. 173. Este tratado significó la renuncia de cualquier posibilidad de restaurar un gobierno confucionista capaz de enfrentar el desafío de la modernidad, no sólo porque Japón había avanzado más rápido en la vía de la industrialización y la modernización militar, al grado tal de vencer al poderosos gigante chino, sino también porque estos avances en Japón fueron posibles con la introducción de las Reformas Meiji, las cuales se inspiraron en el mundo occidental.

una estructura política nacional, fue una unidad aspiracional.<sup>47</sup> El nacionalismo se forjó a partir de un proceso duro y traumático derivado de un siglo de humillaciones y de la percepción de ser tratado en términos injustos.<sup>48</sup>

La cristalización de las inquietudes sobre el pasado y futuro, sobre la posibilidad de sobrevivencia como unidad política y como la inseparable unión entre un Estado y una civilización se presentó en el Movimiento del 4 de mayo de 1919.<sup>49</sup> A partir de entonces, la nueva elite intelectual reconoció la necesidad de constituir un Estado poderoso, cobijado por la idea de una nación que expresaba la voluntad de toda la colectividad, más allá de los estrechos márgenes de la estructura imperial. Un Estado-nación capaz de sobrevivir en tiempos tormentosos. La nueva idea de nación rebasaba las estructuras políticas del antiguo imperio, ya que se consideraba que China era más que un emperador, una dinastía o un territorio específico: se trataba de una comunidad heredera de un pasado milenarista encarnada en el pueblo, no en las autoridades políticas.

La interpretación de algunos elementos del pasado ha constituido una parte importante del diseño de la política exterior, particularmente respecto a África. Como lo ha observado Ng-Quinn, la toma de decisiones que determinan la política exterior de un Estado es, al final de cuentas, llevada a cabo por individuos, los cuales son influenciados por las percepciones que poseen sobre su entorno. Este ambiente es un constructo histórico y social. La historia es una de las fuentes determinantes de las percepciones identitarias.<sup>50</sup> La política exterior, asumida por la suma de decisiones individuales, que se enmarca en una tradición histórica y cultural, crea y fortalece identidades particulares. El Estado, en congruencia con esa identidad, participa y reconfigura el actual orden internacional. Así, lo que la historia muestra en la percepción del pensamiento colectivo chino tiene cinco

<sup>47</sup> Ross Terril, *The New Chinese Empire and What It Means for United States*, Basic Books, Nueva York, 2003, pp. 29-54.

<sup>48</sup> John Fitzgerald, "The Nationless State: The Search for a Nation in Modern China", en *The Australian Journal of Chinese Affairs*, vol. 33, núm. 1, Canberra, enero 1995, pp. 75-104.

<sup>49</sup> El Movimiento del 4 de Mayo se derivó de la postura que asumieron las potencias occidentales en la conferencia de Paz de Versalles en 1919. Conforme a un acuerdo secreto entre Japón y los Aliados, se determinó que como país derrotado de la Primera Guerra Mundial, Alemania debía ceder las concesiones que poseía en territorio chino a Japón, hecho especialmente delicado debido a que Japón no entró directamente en combate, mientras que China colaboró con una fuerza de trabajo de 100 mil personas para apoyar a las tropas aliadas. En Beijing 3 mil estudiantes marcharon contra el acuerdo. Los productos japoneses fueron destruidos o boicoteados. El movimiento significó el surgimiento al interior de China de una corriente intelectual que impulsó el nacionalismo y generó un intenso debate sobre el papel que China debía tener en el mundo. Jonathan Fenby, *op. cit.*, p. 142.

<sup>50</sup> Para Ng-Quinn las tres determinantes de las percepciones son la cultura —en la que incluye las normas constituidas en forma histórica y social—, la ideología y la idiosincrasia. Michael Ng-Quinn, *op. cit.*, pp. 203-224.

implicaciones para la política exterior en África que actúan como principios orientadores, como guía en la toma de decisiones e incluso, en algunas ocasiones, como marcos normativos.

Primero: el caos no necesariamente representa el orden natural de las cosas, ni la anarquía la naturaleza esencial del escenario internacional. Como lo ha sugerido Wendt,<sup>51</sup> si la anarquía es lo que los Estados hacen de ella, China puede intervenir para crear un orden mundial más armonioso y menos caótico, incluyente y multipolar; en la que se transforme por un orden jerárquico. Por lo tanto, las relaciones con África, ya sea las que están presentes en foros multilaterales, ya sea relaciones bilaterales, se justifican en un principio de reciprocidad para constituirse en un modelo diferente de vinculación con los países del continente.

Segundo: este modelo diferente plantea que la reciprocidad no implica necesariamente la igualdad de responsabilidades. Si China muestra el rostro de un país que coopera con África a través de programas de ayuda para el desarrollo, se deriva no solamente de los beneficios materiales que estos programas generan a sus propios intereses, sino que son, a la vez, un vehículo por el cual el gobierno responde a la obligación derivada de considerar al Estado que dirige como el hermano mayor. Como país protagónico, se tiene responsabilidades y deberes mayores, respondiendo así a uno de los rasgos identitarios del Estado.

Tercero: si en su historia milenaria China se encerró a sí misma y se bastó a sí misma: los viajes que las expediciones emprendieron antes que Europa no fueron motivadas por un deseo de colonización ni de aprovechamiento de los recursos naturales de las tierras a las que llegaron. Estas expediciones no fueron emprendidas para que China conociera el mundo, sino para que el mundo conociera la grandeza del *Reino del Centro*. Evidentemente, al no ser un país capitalista, no existe en su pasado una visión colonialista en el trato con los demás países, como lo impusieron las potencias europeas. No se pretendió conquistar ni dominar África; por ende, las actuales relaciones con ella se basan discursivamente en una relación de beneficio mutuo apelando a un pasado idealizado.

Cuarto: China, al igual que los países africanos, vivió momentos difíciles derivados de una relación desventajosa en la que las potencias occidentales, aprovechándose de su superioridad militar y en nombre del libre comercio, impusieron una serie de tratados ignominiosos que derivaron en el desmembramiento territorial y en la intromisión en los asuntos internos. En consecuencia, uno de los principios de acción de su diplomacia, es el de no intervención en los asuntos internos de los Estados africanos, por más cuestionable que sea la autoridad moral de sus contrapartes africanas.

<sup>51</sup> Alexander Wendt, *op. cit.*, pp. 391-425.

Quinto: los excesos de las potencias europeas generaron el caos político y económico. China, a pesar de su glorioso pasado, sucumbió al orden internacional implantado por Occidente. Esta postración significó la declinación imperial, el experimento fallido de la República y el camino al establecimiento de una República Popular. A su vez, significó que este país cayera en las sombras de la pobreza generalizada y el subdesarrollo. Por esta razón, debe impulsar una estrategia por la liberación de los pueblos de África, que ayer se expresó en movimientos solidarios de apoyo a las luchas de liberación nacional y hoy en los movimientos solidarios para la liberación de la malaria, el analfabetismo y la pobreza.

Evidentemente esta es una de las tantas interpretaciones posibles de la historia, una de las tantas lecturas del pasado. En esta historia milenaria abundan ejemplos que contradicen esta interpretación dominante de una China que ha buscado un orden multilateral, que asume responsabilidades mayores para el beneficio mutuo conforme a sus propias capacidades, que establece relaciones con los pueblos sin la intención de conquistar ni colonizar, que no interviene en los asuntos internos de otros Estados y que se muestra siempre solidaria y cooperativa. Las otras posibles lecturas de la historia son silenciadas, omitidas o ignoradas. Lo importante de esta lectura particular no necesariamente es que sea congruente o no con la realidad del pasado, sino que lo es con la realidad que el gobierno dice forjar en el presente. Así, la aprehensión del pasado fortalece una identidad propia del Estado que se convierte en una guía de acción y un justificante de su política exterior hacia África.

### **El discurso y la praxis: la política exterior hacia África, 1949-2000**

La política exterior hacia los países africanos se ha caracterizado por ser un proceso largo y complejo, que ha pasado de una relación centrada en aspectos ideológicos —la lucha contra cualquier forma de imperialismo, ya fuera estadounidense o soviético— a una visión pragmática que hace hincapié en el beneficio mutuo, en la colaboración y en el comercio como pilares de dicha relación.<sup>52</sup> Esta política exterior se puede dividir, a grandes rasgos, en tres etapas. Un primer periodo, que comprende los años de 1949 a 1979, se caracterizó por el establecimiento de relaciones diplomáticas y su normalización. Uno segundo, determinado por ser una época de transición, se ubica entre los años de 1978 a 1994. Finalmente, el actual, caracterizado por una creciente vinculación en todos los ámbitos, se presenta a partir del año de 1994.<sup>53</sup>

<sup>52</sup> Marc Lanteigne, *Chinese Foreign Policy: An Introduction*, Routledge, Nueva York, 2009, pp. 2-6.

<sup>53</sup> Li Anshan, "China's New Policy Toward Africa" en Robert I. Rotberg (ed.), *China into Africa: Trade, Aid and Influence*, Brookings Institution Press, Washington, D. C., 2008, pp. 21-49.



Las relaciones con África iniciaron en 1956 con el establecimiento de los contactos diplomáticos con Egipto.<sup>54</sup> Desde entonces, las posturas de China y de muchos países africanos han coincidido en numerosos foros internacionales en los que el discurso predominante ha sido enmarcado por las ideas de beneficio mutuo basado en una política de no intervención en los asuntos internos de cada Estado. Este discurso se ha mantenido prácticamente intacto, a pesar de los cambios en los intereses y prioridades de la política exterior durante todos estos años.<sup>55</sup>

Los antecedentes de las relaciones internacionales con África se remontan a finales del siglo XIX, cuando en 1897, el Imperio Chino estableció en Johannesburgo una oficina diplomática para ofrecer protección consular a los miles de chinos que emigraron a aquel país para trabajar en las minas de Rau.<sup>56</sup> La República que surgió después de la caída de la dinastía Qing, fue prácticamente indiferente a los asuntos de África. Sólo se establecieron relaciones diplomáticas con un país africano, Sudáfrica, en el año de 1931.<sup>57</sup>

Es necesario considerar que los escasos vínculos con África en la primera mitad del siglo XX se debieron a las difíciles circunstancias que experimentó la República. Los problemas internos —caracterizados por la fragmentación política, la lucha irreconciliable entre nacionalistas y comunista sobre la visión de lo que el país debería ser y las crisis económicas—, sumados a los acontecimientos extranjeros que amenazaron la sobrevivencia del país —la segunda guerra sinojaponesa, la pérdida de Manchuria, la ocupación japonesa de una parte del territorio y la Segunda Guerra Mundial—, generaron condiciones muy duras para el gobierno establecido, circunscribiendo la política exterior a los asuntos inminentes para la sobrevivencia de la República, impidiendo que la cuestión africana se convirtiera en parte de la agenda internacional.

El triunfo del comunismo y el establecimiento de la República Popular no significaron en primera instancia la normalización de sus relaciones exteriores. La Guerra de Corea, en la que China apoyó al bando comunista con la presencia de 300 mil voluntarios, junto con el reconocimiento de la comunidad internacional al gobierno nacionalista refugiado en Taiwán como legítimo representante del

<sup>54</sup> Humberto Garza, *China y el Tercer Mundo: teoría y práctica de la política exterior de Pekín*, 1956-1966, El Colegio de México, México, 1975, p. 100. Actualmente sólo cuatro Estados africanos no mantienen relaciones diplomáticas con China, ya que reconocen a Taiwán como un país independiente. Estos Estados son Burkina Faso, Gambia, Santo Tomé y Príncipe y Suazilandia.

<sup>55</sup> Julia C. Strauss, “The Past in the Present: Historical and Rhetorical Lineages in China’s Relations with Africa”, en *The China Quarterly*, vol. 199, Cambridge, septiembre 2009, pp. 777-795.

<sup>56</sup> Ian Taylor, *The Forum on China–Africa Cooperation*, Routledge, Nueva York, 2011, p. 2.

<sup>57</sup> *Idem*.

pueblo chino ante las Naciones Unidas, marcaron el rumbo de los primeros años de la política exterior de la joven nación.<sup>58</sup> En estas circunstancias, África quedó en la lista de espera de los asuntos internacionales.

Fue hasta 1954 que se experimentó un primer año sin enfrentamientos armados después de tres décadas de conflictos militares. El Partido Comunista consolidaba en forma efectiva su control sobre el territorio —a excepción de Taiwán—, mientras que las primeras cooperativas agrícolas manifestaban un alza en su productividad. Al mismo tiempo, las relaciones con la Unión Soviética se consolidaban y Beijing recibió de Moscú 130 millones de dólares en ayuda para el desarrollo; por otra parte, la Conferencia de Ginebra concluía con un acuerdo favorable para los intereses chinos al finalizar la Guerra en Indochina, permitiendo a la joven nación anotarse un primer triunfo en la arena internacional.<sup>59</sup> En estas circunstancias, el gobierno se encontraba en una condición ideal para emprender la reconstrucción nacional y ampliar sus relaciones internacionales.<sup>60</sup> A partir de entonces, África sería un objetivo estratégico en la conceptualización del sistema internacional y el rol que China debería desempeñar en éste.

Es importante señalar que el continente africano adquirió importancia en la medida en que China se separaba de la visión pro-soviética, la cual había marcado los primeros años de la existencia de la República Popular.<sup>61</sup> Al mismo tiempo, Mao Zedong introdujo el concepto del Tercer Mundo como elemento rector de la política exterior, reconociendo la creciente importancia de los países en desarrollo en los asuntos internacionales, lo que incluía “el apoyo incondicional a la lucha revolucionaria de los pueblos y naciones oprimidos”.<sup>62</sup> Así, mientras que las relaciones con la Unión Soviética se deterioraban, China reclamó el liderazgo del Tercer Mundo, colocándose en primer plano del apoyo ideológico y militar de los regímenes revolucionarios y las luchas anticoloniales.<sup>63</sup>

Los antecedentes de la emergencia como país líder del llamado Tercer Mundo se ubican en los Cinco Principios de Coexistencia Pacífica, propuestos por Beijing originalmente en junio de 1954, con la intención de encontrar una salida conciliatoria a los problemas fronterizos entre India y China.<sup>64</sup> Estos

<sup>58</sup> Henry Kissinger, *op. cit.*, pp. 131-165.

<sup>59</sup> Bruce D. Larkin, *China and Africa, 1940-1970: The Foreign Policy of the People's Republic of China*, Berkeley, University of California Press, 1973.

<sup>60</sup> Immanuel Hsü, *The Rise of Modern China*, Oxford University Press, Oxford, 2000, pp. 660-662.

<sup>61</sup> La alianza Moscú-Beijing que una vez fue descrita como “perdurable, inquebrantable e invencible”, rápidamente se deterioró a finales de la década de 1950 debido tanto a disputas territoriales como a desencuentros ideológicos. Immanuel Hsü, *op. cit.*, p. 671.

<sup>62</sup> Humberto Garza, *op. cit.*, p. 27.

<sup>63</sup> Chris Alden, *China in Africa*, Zed Books, Londres, 2009, pp. 16-17.

<sup>64</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, p. 5.

principios que a la postre, significarían el núcleo de la política exterior,<sup>65</sup> eran el respeto mutuo a la integridad territorial, la no agresión, la no interferencia en los asuntos internos, la igualdad y el beneficio mutuo y la coexistencia pacífica.<sup>66</sup>

Posteriormente, los Cinco Principios de Coexistencia fueron las bases de la Conferencia para la Solidaridad de los Pueblos Asiáticos y Africanos –Conferencia de Bandung– realizada en Indonesia en junio de 1954.<sup>67</sup> Esta reunión fue un espacio invaluable que el gobierno aprovechó para explorar las posibilidades de establecer relaciones diplomáticas con distintos países africanos. La postura, que era encabezada por el primer ministro Zhou Enlai, destacaba que la diferencia entre los nuevos Estados era mínima y que todos los países compartían problemas en común; además, establecía que no se intervendría en los asuntos internos de cada Estado.<sup>68</sup> Zhou señaló previo a la conferencia. “Nosotros hemos considerado siempre que las diferentes razas son iguales; China no ha practicado ninguna discriminación”.<sup>69</sup> Por lo tanto, los pueblos africanos podían esperar por parte de China un trato en igualdad de dignidad y no bajo el oprobio de la superioridad de razas que había justificado la explotación colonial por parte de los países occidentales.

Como resultado de su presencia en la Conferencia de Bandung, el prestigio de China se incrementó notablemente. Además, los contactos de las delegaciones sínica y la egipcia derivaron en el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países en 1956. A partir de entonces, el número de países que instituyeron vínculos diplomáticos aumentó durante las décadas de los años cincuenta y sesenta del siglo xx. Así, sucedió con Marruecos (1958), Argelia (1958), Sudán (1958), Guinea (1958), Ghana (1960), Mali (1960), Sudán (1960), Congo (1961), Uganda (1961), Kenia (1963), Burundi (1963), Túnez (1964), Tanzania (1964), República Centroafricana (1964), Zambia (1964), Benín (1964), Mauritania (1965), Guinea Ecuatorial (1970) y Etiopía (1970).<sup>70</sup>

El establecimiento de relaciones diplomáticas era un factor fundamental no sólo porque le permitía estrechar lazos con un número creciente de naciones, sino

<sup>65</sup> Julia C. Strauss, *op. cit.*, pp. 777-795.

<sup>66</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, p. 6.

<sup>67</sup> La Conferencia de Bandung fue organizada por Indonesia, Burma (Myanmar), Ceylán (Sri Lanka), India y Pakistán. En esta reunión participaron seis Estados africanos: Egipto, Etiopía, Costa de Oro (Ghana), Liberia, Libia y Sudán. Bruce Larkin, *China and Africa, 1940-1970: The Foreign Policy of the People's Republic of China*, University of California Press, Berkeley, 1973, p. 268.

<sup>68</sup> Chen Jian, “China and The Bandung Conference: Changing perceptions and Representations”, en See Seng Tang y Amitav Acharya (eds.), *Bandung Revisited: The Legacy of the 1955 Asian-Asia Conference for International Order*, Nuss Press, Singapur, 2008, pp. 132-159.

<sup>69</sup> Bruce D. Larkin, *op. cit.*, p. 19.

<sup>70</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, pp. 9-10.

porque el reconocimiento a la República Popular significaba al mismo tiempo el desconocimiento y el gradual aislamiento del gobierno nacionalista en Taiwán. Además, representó una formidable presión para que estos países se proclamaran a favor del reconocimiento ante Naciones Unidas de la República Popular como un gobierno legítimo del pueblo chino, facilitándole recuperar el asiento ante el Consejo de Seguridad con su derecho a veto del cual había sido despojado.<sup>71</sup>

Al mismo tiempo que impulsaba los vínculos diplomáticos con las naciones africanas y proclamaba el principio de no intervención como pieza fundamental de su política exterior, el gobierno chino apoyó una serie de movimientos revolucionarios y anticolonialistas. Esta postura era una clara evidencia del distanciamiento con la Unión Soviética, mostrándose a sí misma como un modelo puro y auténtico del socialismo.<sup>72</sup>

Entre diciembre de 1963 y febrero de 1964 Zhou Enlai realizó una visita de Estado a 10 países africanos: República Árabe Unida (Egipto), Argelia, Marruecos, Túnez, Ghana, Guinea, Etiopía, Somalia, Malí y Sudán. Un año más tarde, en junio de 1965, encabezó una visita oficial a Tanzania.<sup>73</sup> Durante estos viajes, en diferentes tonos y dirigidos a distintas audiencias, el discurso de Zhou estableció las bases de la imagen que China sigue manejando hasta el día de hoy en su relación con África. Se trata de una acción esencialmente ética, separándose con claridad de los principios de política exterior que habían conducido los asuntos de las potencias occidentales en este continente.

Estos principios morales se concretizaban en el precepto del respeto absoluto a la soberanía de los Estados, en la amistad cimentada en nociones más de igualdad que de superioridad, en el apoyo a los movimientos de liberación nacional, en el fomento de programas de asistencia para el desarrollo no unilaterales y en el apoyo de los esfuerzos de las propias naciones africanas para su autorrealización.

La imagen que China proyectó desde entonces fue de la mano de la construcción imaginaria de una relación fraternal, colaborando estrechamente para que los pueblos africanos alcancen su desarrollo.<sup>74</sup> Desde el discurso, lo importante

<sup>71</sup> Deborah Brautigam, *The Dragon's Gift: The Real Story of China in Africa*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pp. 30-31.

<sup>72</sup> Las relaciones con la Unión Soviética se deterioraron a partir de la muerte de Joseph Stalin y el arribo de Nikita Krushev en 1958. Krushev fue tachado por Mao como un revisionista, y su política de coexistencia pacífica fue vista como una claudicación de uno de los principios básicos de la ideología marxista leninista. Estas diferencias ideológicas se acrecentaban debido a controversias territoriales, ya que China pedía la devolución de al menos 500 mil millas cuadradas de Asia Central, pues el gobierno afirmaba que la pérdida de este territorio era consecuencia de tratados “desiguales” e “ilegales”. Imanuel Hsü, *op. cit.*, pp. 678-681.

<sup>73</sup> David H. Shinn y Joshua Eisenman, *China and Africa: A Century of Engagement*, Filadelfia, University of Pensilvania Press, 2012, p. 36.

<sup>74</sup> Julia C. Strauss, *op. cit.*, pp. 777-795.

es que China se mostraba dispuesta a apoyar a las naciones africanas para que superaran sus propios desafíos. Este apoyo era tanto en el orden moral –ideacional– como en el orden práctico –material–.

Así, en una conferencia de prensa que Zhou dictó en Accra en enero de 1964, planteó que su país y África “compartían una experiencia común de sufrimiento por la agresión imperialista y colonial”. En consecuencia, China se comprometía a “consolidar la independencia de las naciones africanas, salvaguardar la soberanía de los Estados, desarrollar la economía, promover la solidaridad Asia y África y defender la paz mundial”.<sup>75</sup> De esta manera, en los primeros años de existencia de la República Popular, la presencia de los asuntos africanos en la agenda internacional fue incrementándose en la medida en que se asumía su propio rumbo en la política exterior, abandonaba la postura de inclinarse a un bando y aspiraba a constituirse en nación líder de los países del Tercer Mundo.

Los primeros 20 años de la existencia de la República Popular enmarcaron el inicio de las relaciones sino africanas. En este periodo, el vínculo con la región fue influenciado profundamente por el aspecto ideológico del comunismo chino, enmarcado en el contexto de la Guerra Fría. No es de extrañar que esto sucediera así, ya que la política exterior era determinada en gran medida por la percepción de Mao sobre el lugar de China en el mundo y la prominencia de la ideología en la acción política; por lo tanto, el pensamiento correcto –la correcta interpretación marxista de las circunstancias históricas– era garante de la adecuada conducción de los asuntos del Estado tanto a nivel local como internacional.<sup>76</sup>

De esta manera, la élite burocrática consideraba que el rol que se debía desempeñar en África era apoyar a los movimientos de liberación nacional. Sin embargo, la liberación nacional y ayuda humanitaria iban de la mano, no podía entenderse un proyecto sin el complemento del otro. De hecho, al inicio de la década de 1970, el número de proyectos de ayuda humanitaria que China tenía en África era similar al que Estados Unidos tenía en la región.<sup>77</sup> Estos proyectos se concretizaron principalmente en la región Subsahariana, a través de asistencia financiera y ayuda médica.<sup>78</sup>

Un ejemplo de esta visión se encuentra en el programa de ayuda a Guinea. En la década de 1960, China facilitó los fondos necesarios para la construcción de una fábrica de aceite de maní y de palma, así como un centro de procesamiento de bambú; asimismo, financió el establecimiento de una fábrica de cerillos y otras de cigarrillos, así como el apoyo para proyectos de irrigación de campos de arroz

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 778.

<sup>76</sup> Chen Jian, *La China de Mao y la Guerra Fría*, Paidós, Barcelona, 2005, pp. 26-31.

<sup>77</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, p. 16.

<sup>78</sup> Deborah Brautigam, *op. cit.*, pp. 24-25.

y de té; finalmente, también se otorgaron recursos para dos proyectos prestigiosos que los guineanos deseaban: el cine “Libertad” en la capital guineana y el “Palacio del Pueblo”, sede del Congreso. Junto con este tipo de proyectos, se envió un grupo de 34 médicos.<sup>79</sup>

La construcción identitaria de un país que se solidarizaba con el continente africano se había puesto en marcha desde las primeras décadas de la Revolución. Sin embargo, las relaciones con África entraron en un periodo de ambigüedad e incertidumbre a partir de 1966, con el inicio de la Revolución Cultural.<sup>80</sup> La principal preocupación de los dirigentes fue garantizar un mínimo de estabilidad una vez que el caos se desbordó debido a la figura de los Guardias Rojos, un grupo de jóvenes que sin experiencia revolucionaria directa, alentados estrechamente por Mao, iniciaron un movimiento para mantener pura la Revolución.

En estas circunstancias, desapareció cualquier interés por mantener una presencia activa en África. Los vínculos eran más nominales que reales. Particularmente, entre los años de 1967 y 1968, China se aisló a sí misma del mundo exterior.<sup>81</sup> En medio de tantas dificultades económicas, políticas y sociales, la convulsión que se experimentaba en dicho periodo se reflejó en la ocupación de las Guardias Rojas del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Todas las delegaciones africanas, a excepción de la de Egipto, retiraron a sus embajadores.<sup>82</sup> Además, numerosos Estados africanos estaban profundamente molestos por las constantes provocaciones e insolencias de los Guardias Rojos. Túnez rompió relaciones diplomáticas después de que este país fue acusado de ser agente del imperialismo estadounidense, mientras que Kenia expulsó la representación china después de que una carta emanada de la embajada aseguraba que los funcionarios kenianos eran antichinos.<sup>83</sup>

Una vez superadas las crisis diplomáticas, se retomaron los apoyos a naciones africanas como un medio para proyectar una imagen distinta en África. Un ejemplo concreto que ayudó a fortalecer la imagen identitaria de una nación solidaria, que se relacionaba cualitativamente de forma distinta con África en comparación con

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>80</sup> En retrospectiva, la Revolución Cultural marcó el comienzo de una década tumultuosa y de enfrentamiento al interior de la sociedad China que dirigió al país al caos total y al borde de la bancarrota. Imanuel Hsü, *op. cit.*, pp. 689-706. El origen de este fenómeno ha sido explicado por el deseo de Mao de recuperar el control político de China movilizándolo a la juventud —a partir de la constitución del grupo denominado Guardias Rojos— para debilitar a los dirigentes de la primera generación del Partido Comunista. Jonathan Fenby, *op. cit.*, pp. 472-495.

<sup>81</sup> Kenneth Lieberthal, *Governing China: From Revolution Through Reform*, Norton & Company, Nueva York, 1995, pp. 111-115.

<sup>82</sup> David H. Shiny y Joshua Eisenman, *op. cit.*, p. 39.

<sup>83</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, p. 15.

las potencias imperialistas —ya fueran países occidentales o la Unión Soviética—, fue la construcción del ferrocarril TAZARA.

El ferrocarril, que une a Tanzania y Zambia, recorre 1 860 kilómetros de longitud. Su construcción abarcó un periodo de cinco años y siete meses y se puso en pleno funcionamiento en 1976.<sup>84</sup> El origen de este proyecto se derivó de la petición a las autoridades chinas del presidente de Tanzania, Julius Nyerere, para construir un ferrocarril que uniera las minas de cobre de Zambia con las costas de Tanzania.<sup>85</sup> Originalmente el proyecto había sido presentado a Gran Bretaña, Alemania y el Banco Mundial, pero fue rechazado; el gobierno chino fue el único interesado en apoyarlo, aunque Nyerere no siempre estuviera convencido de que era la mejor opción.<sup>86</sup>

Para su realización, además de la ayuda técnica que China proporcionó, se otorgó un préstamo por 124 millones de dólares sin intereses.<sup>87</sup> Un ingeniero de la época, recordando su participación en el proyecto, justificaba la realización de la obra en una frase que atribuía al presidente Mao y que, cierta o no, refleja el discurso de aquellos tiempos: “Los países que obtuvieron su independencia primero, tienen el deber a ayudar a los emancipados después”. Evidentemente China jamás fue una colonia; sin embargo, esta frase atribuida a Mao reflejaba el espíritu de la época, la emancipación no era de una país en particular, sino del sistema capitalista mundial, injusto y desigual, la liberación llevaría a todos los pueblos del mundo a la nueva tierra prometida llamada comunismo<sup>88</sup>

Más allá de esta frase, es un hecho que la misión técnica para construir un ferrocarril se convirtió en un objetivo de largo alcance de la política exterior; se trató de la culminación de un proyecto de infraestructura trascendente, visible y grandioso que distinguiera la ayuda china como diferente y mejor que la ayuda occidental. Al mismo tiempo, la construcción del ferrocarril respondía al más puro estilo maoísta de ejercer el poder: obras monumentales, que exigían el sacrificio de la colectividad, centradas en la esperanza de un futuro mejor, encarnada por héroes verdaderos, hombres y mujeres anónimos.<sup>89</sup>

<sup>84</sup> De hecho, Tanzania se convirtió en el más cercano aliado de China en el continente. En 1970, China era el único país que proporcionaba personal militar y Tanzania se convirtió en uno de los nueve países no comunistas que recibían apoyo de Beijing. Ese mismo año China desplazó a la Gran Bretaña como la principal fuente de créditos e, incluso, Tanzania recibió más apoyo de ella que de la Unión Soviética en fondos de ayuda para el desarrollo. Ian Taylor, *op. cit.*, p. 117.

<sup>85</sup> David H. Shinny y Joshua Eisenman, *op. cit.*, p. 41.

<sup>86</sup> Bruce D. Larkin, *op. cit.*

<sup>87</sup> Xinhua, “Railway Symbolizes Sino-African Friendship” en *China Org.*, 23 de junio de 2006, disponible en: <http://www.china.org.cn/english/features/wenjiabaoafrica/172496.htm>

<sup>88</sup> *Idem.*

<sup>89</sup> Julia C. Strauss, *op. cit.*, pp. 777-795.

Paradójicamente, la identidad de una nación solidaria y fraternal se concretizaba más allá de los proyectos de ayuda al desarrollo. Una prioridad fue el apoyo financiero, político o militar, brindado por el gobierno chino a algunos movimientos de liberación nacional. En particular se eligieron aquellos grupos subversivos que presentaban desavenencias con el proyecto político de la Unión Soviética; los demás fueron catalogados de serviles a los intereses soviéticos. Así, se apoyaron organizaciones como el Frente Nacional de la Liberación de Angola; la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola, el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde, el Comité Revolucionario de Mozambique, el Congreso Pan-Africano y la Unión Nacional Africana de Zimbabue.<sup>90</sup>

A pesar de los esfuerzos desplegados por las autoridades comunistas, si se compara con las dos superpotencias, la influencia china en África en este periodo fue marginal; no fue capaz de mantener una alta visibilidad en el continente, a excepción de su presencia en Tanzania.<sup>91</sup> Sin embargo, logró posteriormente algo más valioso: el apoyo para reincorporarse plenamente a los organismos internacionales.

Para 1970, una vez finalizada la fase más radical de la Revolución Cultural, el gobierno maoísta realizó esfuerzos para superar el aislamiento en que se encontraba la República Popular y se buscó un acercamiento con Estados Unidos, Japón y algunos países europeos, aunque el discurso y los principios de política exterior permanecieron sin cambios.<sup>92</sup> Los esfuerzos de la diplomacia se centraron en parte en recuperar las buenas relaciones que se habían establecido con una veintena de países africanos con la intención de ganar apoyo en su búsqueda de reincorporación a las Naciones Unidas, en la que las jóvenes naciones africanas ocupan un rol crucial.<sup>93</sup> Finalmente, en octubre de 1971, una resolución que permitía la reincorporación de China a las Naciones Unidas fue aprobada con 76 votos a favor, 35 en contra y 17 abstenciones; más de un tercio de los votos provino de naciones africanas; en 1978, la República Popular ya había establecido relaciones diplomáticas con 43 Estados africanos.<sup>94</sup>

La reincorporación a las Naciones Unidas y la normalización de las relaciones con las naciones occidentales en los siguientes años, situaron a China como un país cada vez más importante en el escenario internacional y como un

<sup>90</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, p. 14.

<sup>91</sup> Kenneth Lieberthal, *Governing China: From Revolution through Reform*, w. w. Norton and Company, Nueva York, 1995.

<sup>92</sup> Henry Kissinger, *op. cit.*, pp. 220-230.

<sup>93</sup> Chris Alden, *op. cit.*, p. 32.

<sup>94</sup> Li Anshan, "China and Africa: Policy and Challenges", en *China Security*, vol. 3, núm. 3, Washington, verano 2007, pp. 69-93.



socio estratégico fundamental para los africanos. El gobierno reconocía no sólo su liderazgo para el mundo subdesarrollado establecido desde la Conferencia de Bandung, sino que se constituía en el único país subdesarrollado con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Así, la década de 1970 significó la gradual reincorporación al escenario internacional.<sup>95</sup>

En 1976, a la muerte de Zhou y Mao, el gobierno se fracturó en dos bandos que encarnaban las diferentes visiones del futuro. Un sector, que quería radicalizar la postura dogmática del comunismo chino y profundizar la política derivada de la Revolución Cultural, era encabezada por la viuda de Mao, Jiang Qing; el otro sector, que representaba una visión pragmática del comunismo y que apostaba a las modernizaciones necesarias del país, era encabezado por Deng Xiaoping.<sup>96</sup>

El arribo de este personaje al poder y las reformas económicas que se emprendieron para transformar la estructura de una economía planificada a una que se basara en las fuerzas del mercado, cambió el rol que África tenía para China. Las tareas que debían enfrentar los líderes chinos para generar una transición que consolidara un modelo económico distinto al que se había implementado en los primeros 30 años de la República Popular eran múltiples. La cooperación para el desarrollo de otras regiones del mundo no era, en ese momento, una prioridad de la política exterior. El apoyo a los movimientos de liberación nacional ya no tenía cabida en la nueva percepción del mundo que tenía la élite burocrática. La prioridad era la apertura con aquellas regiones que pudieran ofrecer un impulso a su desarrollo por medio de la atracción de inversión extranjera directa.

Esta nueva visión se reflejó en la declinación de las relaciones sinoafricanas, en la disminución de la asistencia que se proporcionaba a la región y en la decadencia del intercambio comercial que disminuyó notablemente en este periodo.<sup>97</sup> Era evidente que en la década de 1980 se había perdido totalmente el interés en África, y ésta tenía muy poco que aportar a China.<sup>98</sup> Evidentemente, la élite burocrática mantuvo el discurso en torno a los temas de la cooperación Sur-

<sup>95</sup> Eugenio Anguiano, "Diplomacia de la República Popular China" en Eugenio Anguiano (coord.), *China contemporánea: la construcción de un país desde 1949*, El Colegio de México, México, pp. 239-255.

<sup>96</sup> Imanuel Hsü, *op. cit.*, pp. 763-772.

<sup>97</sup> Li Anshan, *op. cit.*, pp. 21-49.

<sup>98</sup> La excepción en este sentido fue el creciente vínculo entre el Partido Comunista Chino y diversos partidos políticos africanos. El origen de este vínculo se debió a la visita de Estado realizada por el entonces primer ministro Hua Gueofeng, durante el viaje que realizó a Mozambique en 1977 (Li Anshan, "China's New Policy Toward Africa" en Robert Rotberg (ed.), *China into Africa: Trade, Aid and Influence*, Washington, D. C., Brookings Institution Press, pp. 21-49). Sin embargo, más allá de este sólido vínculo que permitió la visita recíproca de delegaciones chinas y africanas, la década de 1980 significó una decadencia de las relaciones sinoafricanas.

Sur, pero en realidad la política exterior fue firmemente encaminada hacia el mantenimiento de relaciones cordiales con las superpotencias, con las cuales podía fomentar su programa modernizador.<sup>99</sup>

La postura pasó de un extremo a otro después de los acontecimientos de junio de 1989 de la plaza de Tiananmen. La crisis que experimentaron las relaciones diplomáticas con los países occidentales y las duras críticas de las que fueron objeto los líderes del país generó un replanteamiento de la política exterior.<sup>100</sup> El discurso ant imperialista y antihegemónico fue revivido enmarcándolo en las relaciones con los países en vías de desarrollo, particularmente los países africanos.<sup>101</sup> El discurso presentado fue que al final de la Guerra Fría el mundo era amenazado por nuevas aspiraciones hegemónicas de un solo país —evidentemente, Estados Unidos—; por lo tanto, era necesario impulsar el multilateralismo y garantizar una política no intervencionista.<sup>102</sup> Esta postura acercó nuevamente a China con África.

Así, en julio de 1992, el presidente Yang Shangkun, el ministro de Relaciones Exteriores, Qian Qichen, y otros miembros del Partido Comunista Chino, realizaron una visita a Marruecos, Túnez y Costa de Oro la cual reactivó los lazos con África. La prensa destacó la visita como una muestra de la sensibilidad del gobierno para ampliar las relaciones políticas y económicas con los países africanos en un esfuerzo para ayudarlos en sus procesos de desarrollo.<sup>103</sup> De acuerdo a la visión que el entonces presidente Yang presentó, China conduciría sus asuntos con África considerando estos principios:

a) apoyaría a los países africanos en sus esfuerzos para salvaguardar su soberanía y su independencia, oponiéndose a cualquier tipo de injerencia política o económica al interior de dichos Estados, ya fuera por parte de China o de cualquier otro país;

b) respetaría los diferentes sistemas políticos y las distintas rutas para el desarrollo elegidos por los países africanos;

c) apoyaría la unidad y la cooperación de los países africanos;

d) apuntalaría las decisiones y los esfuerzos realizados en el seno de la Unión Africana;

e) impulsaría la participación, en condiciones de igualdad, de los países africanos en el escenario internacional, como un elemento crucial para el establecimiento de un nuevo orden; y

<sup>99</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, pp. 17-19.

<sup>100</sup> Eugenio Anguiano, *op. cit.*, p. 262.

<sup>101</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, pp. 20-23.

<sup>102</sup> Eugenio Anguiano, *op. cit.*, pp. 268-279.

<sup>103</sup> Robert Sutter, *Chinese Foreign Relations: Power and Policy Since Cold War*, Rowman and Littlefield Publisher, Lanham, 2008, p. 299.

f) estrecharía sus relaciones de cooperación económica con África.<sup>104</sup>

La visita de Yang fue la antesala de una activa agenda internacional en África que se reflejó en las diversas visitas de Estado que se realizaron en la década de 1990. Entre estos viajes, el más significativo fue el que realizó el entonces primer ministro, Jiang Zemin, en 1996. En esta visita se recorrieron los países de Kenia, Namibia, Egipto, Mali, Zimbabue y Etiopía. En este último, en el marco de la Organización de la Unión Africana, hizo un llamado a establecer una nueva relación histórica de amistad entre China y África, que desde el punto de vista de Jiang, debía basarse en cinco principios: una sincera amistad, trato igualitario y respetuoso de la soberanía y los asuntos internos; búsqueda del desarrollo común bajo la base del beneficio mutuo; fortalecimiento de la cooperación en los asuntos externos e interés mutuo por crear un mundo mejor.<sup>105</sup>

Particularmente, en el discurso “Hacia un nuevo hito histórico en la amistad sinoafricana”, Jiang delineó las bases que debían conducir las relaciones de China en esta nueva etapa de la historia en concordancia con la imagen identitaria que muestra al mundo. De esta manera, se afirmaba que su país y África “son renombradas cunas de las civilizaciones humanas más antiguas”, las cuales “comenzaron a encontrarse una a otra hace más de 2 mil años”, sin que “nunca existieran conflictos entre estas [civilizaciones]”, por lo que la simpatía y la ayuda mutua han estado siempre presentes en medio de “un enorme sufrimiento bajo las agresiones extranjeras y colonialistas” que cada pueblo había experimentado en su momento.<sup>106</sup> Sin embargo, desde la fundación de la República Popular se habían establecido las bases para un nuevo comienzo gracias a los lazos de cooperación establecidos entre China y África.

El viaje de Jiang significó la reactivación plena de las relaciones entre China y los países africanos bajo una nueva perspectiva que dejó a un lado la ayuda multilateral para centrarse en el concepto de ganar-ganar.<sup>107</sup> De esta manera, se consolidó el binomio de beneficio mutuo y no injerencia en los asuntos internos como la nueva fórmula para la cooperación.<sup>108</sup>

En octubre de 1999, el primer ministro Jiang Zemin convocó a los jefes de Estado de los países africanos y al presidente de la Unión Africana a una reunión para establecer un foro que funcionara como un mecanismo permanente de

<sup>104</sup> Ian Taylor, *op. cit.*, pp. 21.

<sup>105</sup> *Ibidem.*, pp. 22.

<sup>106</sup> Julia C. Strauss, *op. cit.*, pp. 777-795.

<sup>107</sup> Li Anshan, *op. cit.*, pp. 21-49.

<sup>108</sup> Martín Checa-Artasu, “La República Popular de China en la África Subsahariana. Notas de una relación geoeconómica contemporánea”, en *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 14, núm. 40, Guadalajara, enero-abril de 2011, pp. 43-73.

contacto entre los países africanos y China.<sup>109</sup> Un año después la reunión se llevó a cabo en Beijing con la presencia de seis jefes de Estados africanos, de 80 ministros de Comercio y Relaciones Exteriores de 45 Estados africanos, así como representantes de 17 organizaciones regionales. Los temas de la conferencia se dividieron en cuatro mesas de trabajo: comercio, reforma económica —con énfasis en el modelo chino—, erradicación de la pobreza y desarrollo sustentable, y cooperación en el campo de la educación, la salud y la ciencia y la tecnología.<sup>110</sup> De esta manera, iniciaba una nueva fase en las relaciones sino-africanas.

## Conclusiones

El análisis de las relaciones sino-africanas desde la fundación de la República Popular hasta el establecimiento del Foro de Cooperación China África en el año 2000, muestra que a pesar de los cambios experimentados al interior del país asiático y de las variaciones del contexto internacional, la postura de China en África, desde el discurso oficial, ha mostrado un enorme grado de continuidad y consistencia. Y si bien, en la práctica, las relaciones con África han mostrado cambios significativos, el discurso se ha mantenido prácticamente intacto. Una de las razones del apego a este discurso se debe a la interpretación del pasado que la élite burocrática ha hecho, con la intención de mostrar cómo China es capaz de relacionarse de forma diferente con dicha región por las circunstancias históricas que se han vivido.

Una parte fundamental de este discurso ha consistido en mostrar a China como un país preocupado por el desarrollo de la comunidad internacional, desde un plano distinto, donde principios como el beneficio mutuo y la no intervención en los asuntos internos de los Estados, se constituyen en una bandera política. Un ejemplo de esta continuidad se muestra en las palabras del dirigente chino Hu Jintao, quien en una entrevista previa a la Cumbre del G20, realizada en la ciudad de Los Cabos en junio de 2012, expresó que para reforzar los intereses de China en el mundo era necesario robustecer la cooperación que permitiera construir un mundo multipolar:

Siendo China uno de los países en vías de desarrollo, reforzar la unidad y cooperación (...) siempre constituye la piedra angular de la política exterior de nuestro país. El

<sup>109</sup> A esta reunión fueron invitados todos los Estados que mantenían relaciones diplomáticas más los ocho países que en ese momento no mantenían relaciones con China que fueron invitados como observadores.

<sup>110</sup> Forum On Cooperation China Africa, *The First Ministerial Conference*, 15 de septiembre de 2004, disponible en <http://www.focac.org/eng/lttda/dyjbzjhy/CI12009/t157577.htm>

rápido progreso de los países en vías de desarrollo ha imprimido un enérgico impulso al proceso de transformación del sistema internacional. La mayor cooperación entre los países en desarrollo redundará en beneficio de la multipolarización y la globalización económica del mundo, siendo también favorable a la paz, estabilidad y desarrollo a nivel planetario. Frente a las nuevas circunstancias, los países en desarrollo necesitan reforzar su coordinación con miras a preservar su espacio y derecho al desarrollo, demandar la constante atención de la comunidad internacional sobre el tema del desarrollo, potenciar la cooperación internacional destinada a este fin, exhortar a los países desarrollados a cumplir efectivamente los compromisos de asistencia, así como hacer esfuerzos por solucionar el problema del progreso desequilibrado Norte-Sur en aras de la construcción de un mundo armonioso de paz duradera y prosperidad común.<sup>111</sup>

Si se analiza desde una óptica constructivista, este discurso recurrente ayuda a fortalecer una imagen particular de China, la cual está asociada a su identidad como un país protagonista del escenario internacional. Estas ideas no varían sustancialmente con los primeros discursos de la República Popular sobre el desarrollo. En este sentido, una mirada a la interpretación de la historia china en una perspectiva de larga duración, permite explicar la manera en cómo la apropiación y reinterpretación de la historia han contribuido a la formación de un pensamiento colectivo que se expresa en las normas de acción, en el deber ser, de la política exterior.

Desde esta perspectiva, el constructivismo resulta útil como marco analítico de la presencia de China en África porque reconoce que los aspectos ideacionales como las estructuras materiales son elementos determinantes de la política exterior, proceso en el que las ideas moldean las estructuras materiales, a la vez que las bases materiales condicionan las ideas, en un devenir de influencia recíproca. Así, se puede afirmar que no basta tener en cuenta las necesidades materiales para explicar los intereses de China en África. Es necesario considerar también el mundo de las ideas, las percepciones e identidades, las cuales ayudan a comprender el comportamiento chino sobre el continente africano.

Asimismo, el constructivismo, al alejarse de un enfoque racionalista, asume una postura que está abierta a múltiples interpretaciones que reflejan diversos ángulos de la realidad. Específicamente, en este caso, permite comprender la consistencia del discurso chino más allá de una explicación simplista que lo reduciría a simple retórica. Finalmente, el constructivismo permite reconocer que el actuar de los Estados es complejo, introduciendo la dimensión histórica social para explicar por qué la élite burocrática ha asumido una forma particular de establecer

<sup>111</sup> Ángel Villarino, "Contribuye China a la recuperación", en *Mural*, México, 17 de junio de 2012, p. A5.

vínculos con los países africanos. Estos elementos de análisis no justifican el actuar en África, pero sí permiten elaborar una explicación coherente de cómo China define y aplica su “Gran Estrategia” en este continente.

Evidentemente, como cualquier abstracción de la realidad que es sistematizada para una mejor comprensión con pretensiones generalizables, el constructivismo no resuelve totalmente algunas de las inquietudes que caracterizan la presencia de China en África, dejando abierta la posibilidad de generar nuevas interpretaciones y nuevas líneas de investigación. En particular, existe la sensación de que aunque el constructivismo permite recorrer rutas alternas que abordan nuevos componentes interpretativos, en esencia mantiene el mismo eje rector de la explicación de los asuntos disciplinares de Relaciones Internacionales: el Estado como elemento determinante del escenario internacional. Esta visión estatocéntrica pareciera contradecirse con una realidad polifacética en la que otros actores internacionales –institutos y organismos internacionales, ONG, multinacionales, entre otros– participan cada vez con mayor fuerza en definir la agenda internacional. En no pocas ocasiones se ha puesto en duda que el Estado siga siendo, al inicio del siglo XXI, el actor más importante del escenario internacional. Y aunque China se muestre hacia el exterior como un actor sólido y monolítico desde un punto de vista discursivo, existe evidencia de la multiplicidad de actores al interior que generan la política exterior como una suma de voluntades, aspiraciones, deseos e intereses de los diferentes integrantes de la sociedad china. No existe una visión única de país, por lo que no puede existir una sola en política exterior, aunque ésta sea enmarcada en una sólida tradición de percepciones basadas en un pensamiento colectivo con profundas raíces históricas, como lo demuestra este caso.

En ese sentido, es necesario destacar que la presencia de China en África, ya más allá de las instituciones estatales y numerosos actores, que, con sus propias agendas y sus propias motivaciones, participan de las relaciones sino africanas. En otras palabras, crean vínculos y se relacionan desde sus propias realidades e intereses. Así, nuevas investigaciones podrían reflejar cómo estos actores, en su interacción constante y cotidiana con sus contrapartes africanas, comparten o no, la visión histórica-social de la presencia de China en este continente que ha sido enfatizada desde la política exterior del Estado.

A pesar de estas limitaciones, el constructivismo presenta una posibilidad de reflexión sobre la política exterior china, tomando el caso concreto de África, que nos permite recordar que la realidad, como la humanidad misma, es compleja, y no se determina solamente como una suma de factores materiales, ya que en buena medida, lo que somos y aspiramos ser, es el resultado de nuestras identidades forjadas a partir de la forma en que percibimos el mundo. Estas identidades, no hay que olvidarlo, son individuales y colectivas. Y el caso de China es un buen ejemplo al respecto.

## Bibliografía

- Addler, Emanuel, “Constructivism and International Relations”, en Walter Carlsnaes, Thomas Risse y Beth Simmons (eds.), *Handbook of International Relations*, Sage Publications, Londres, 2002.
- Alden, Chris, *China in Africa*, Zed Books, Londres, 2009.
- Anguiano, Eugenio, “Diplomacia de la República Popular China”, en Eugenio Anguiano, coordinador, *China contemporánea: la construcción de un país desde 1949*, El Colegio de México, México.
- Anshan, Li, “China and Africa: Policy and Challenges”, en *China Security*, vol. 3, núm. 3, Washington, verano 2007.
- Botton, Flora, *China: su historia y cultura hasta 1800*, El Colegio de México, México, 2000.
- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Brautigam, Deborah, *The Dragon's Gift: The Real Story of China in Africa*, Oxford University Press, Oxford, 2011.
- Checa-Artasu, Martín, “La República Popular de China en la África Subsahariana. Notas de una relación geoeconómica contemporánea”, en *México y la Cuenca del Pacífico*, vol. 14, núm. 40, enero-abril 2011, Guadalajara.
- Chen Jian, “China and The Bandung Conference: Changing Perceptions and Representations” en See Seng Tang y Amitav Acharya (eds.), *Bandung Revisited: The Legacy of the 1955 Asian-Asia Conference for International Order*, Nuss Press, Singapur, 2008.
- Chen Jian, *La China de Mao y la Guerra Fría*, Paidós, Barcelona, 2005.
- Chernoff, Fred, *Theory and Metatheory in International Relations: Concepts and Contending Accounts*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2007.
- Ching, Julia, *Chinese Religions*, Orbis Books, Nueva York, 1993.
- Cohen, Paul A., *China Unbound: Evolving Perspectives on the Chinese Past*, Routledge Curzon, Londres, 2003.
- Confucio, *Analectas*, EDAF, Madrid, 1997.
- Corsi, Elisabetta E., *Grandes obras de la literatura china*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001.
- Elías, Juanita y Peter Sutch, *The Basics: International Relations*, Routledge, Nueva York, 2007.
- Evans, Harriet, *Historia de China desde 1800*, El Colegio de México, México, 1989.
- Faust, John y Judith Kornberg, *China in World Politics: Policies, Process and Prospects*, Lynne Rienner Publishers, Londres, 1995.

- Feaver, Peter, "What is Grand Strategy and Why do We Need It?", en *Foreign Policy*, abril, 2009, disponible en [http://shadow.foreignpolicy.com/posts/2009/04/08/what\\_is\\_grand\\_strategy\\_and\\_why\\_do\\_we\\_need\\_it](http://shadow.foreignpolicy.com/posts/2009/04/08/what_is_grand_strategy_and_why_do_we_need_it)
- Fenby, Jonathan, *Modern China: The Fall and Rise of a Great Power, 1850 to the present*, Harper Collins Publisher, Nueva York, 2008.
- Fitzgerald, John, "The Nationless State: The Search for a Nation in Modern China" en *The Australian Journal of Chinese Affairs*, vol. 33, núm. 1, Canberra, enero 1995.
- Forum On Cooperation China Africa, *The First Ministerial Conference*, 15 de septiembre de 2004, disponible en <http://www.focac.org/eng/ltada/dyjbzjhy/CI12009/t157577.htm>
- Garza, Humberto, *China y el Tercer Mundo: Teoría y Práctica de la política exterior de Pekín, 1956-1966*, El Colegio de México, México, 1975.
- Genest, Marc A., *Conflict and Cooperation: Evolving Theories of International Relations*, Wadsworth Publishing Belmont, California, 2004.
- Griffiths, Martin; Terry O'Callaghan y Steven C. Roach, *International Relations: The Key Concepts*, Routledge, Nueva York, 2008.
- Gunde, Richard, "Zheng He's Voyages of Discovery" en UCLA International Institute, 20 de abril de 2004, disponible en <http://www.international.ucla.edu/article.asp?parentid=10387>
- Gungwu Yo Wang, "China and the International Order: Some Historical Perspectives" en Gungwu Yo Wang y Yognian Zheng (eds.), *China and the New International Order*, Routledge, Nueva York, 2008.
- Haro, Francisco, "Beijing frente a las minorías nacionales: la fe grande y las fes pequeñas" en Romer Cornejo (coord.), *China: radiografía de una potencia en ascenso*, El Colegio de México, México.
- Hobson, John, *The State and the International Relations*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- Hsü, Immanuel, *The Rise of Modern China*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- Jackson, Robert, *Classical and Modern Thought on International Relations*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2005.
- Jagues, Martin, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, The Penguin Press, Nueva York, 2009.
- Kissinger, Henry, *China*, Barcelona, Random House Mondadori, 2012.
- Lanteigne, Marc, *Chinese Foreign Policy: An Introduction*, Routledge, Nueva York, 2009.
- Larkin, Bruce D., *China and Africa, 1940-1970: The Foreign Policy of the People's Republic of China*, Berkeley, University of California Press, 1973.



- Lemus Delgado, Daniel, "La construcción de la nueva imagen de China a través de los medios: análisis de la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Beijing y del Desfile del 60 aniversario de la fundación de la RPC", en *Confines*, vol. 6, núm. 12, México, agosto-diciembre 2010.
- Li Anshan, "China's New Policy toward Africa" en Robert I. Rotberg (ed.), *China into Africa: Trade, Aid and Influence*, Brookings Institution Press, Washington, D. C., 2008.
- Lieberthal, Kenneth, *Governing China: From Revolution Through Reform*, Norton & Company, Nueva York, 1995.
- Liu, Guoli, "Introduction" en Guoli Liu (ed.), *Chinese Foreign Policy in Transition*, Aldine de Gruyter, Nueva York, 2004.
- Menzies, Gavin, *1421: el año en que China descubrió al mundo*, Random House Mondadori, México, 2006.
- Ng-Quinn, Micheal, "The Analytic Study of Chinese Foreign Policy" en *International Studies Quarterly*, vol. 27, núm. 2, Nueva York, junio 1983.
- Qaunsheng Zhao, "Modernization, Nationalism and Regionalism in China" en Steven Hook (ed.), *Comparative Foreign Policy: Adaptation Strategies and Emerging Power*, Prentice Hall, Upper Saddle River, 2002.
- Reus-Smith, Christian, "Constructivism" en Scott Burchill et al. (eds.), *Theories of International Relations*, Palgrave MacMillan, Nueva York, 2005.
- Santa Cruz, Arturo, "Introducción" en Arturo Santa Cruz (ed.), *El constructivismo y las relaciones internacionales*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 2009.
- Schimidt, Brian, "On the History and Historiography of International Relations" en Walter Carlsnaes, Thomas Risse y Beth Simmons (eds.), *Handbook of International Relations*, Sage Publications, Londres, 2002.
- Shinny, David H. y Joshua Eisenman, *China and Africa: A century of Engagement*, Filadelfia, University of Pensilvania Press, 2012.
- Slingerland, Edward, "Classical Confucianism: Confucius and the Lün-Yü" en Bo Mou (ed.), *Routledge History of Philosophies: History of Chinese Philosophy*, Routledge, Nueva York, 2007.
- Strauss, Julia C., "The Past in the Present: Historical and Rhetorical Lineages in China's Relations with Africa", en *The China Quarterly*, vol. 199, Cambridge, septiembre 2009.
- Sutter, Robert, *Chinese Foreign Relations: Power and Policy Since Cold War*, Rowman and Littlefield Publisher, Lanham, 2008.
- Taylor, Ian, *The Forum on China -Africa Cooperation*, Routledge, Nueva York, 2011.
- Terril, Ross, *The New Chinese Empire and what it Means for United States*, Basic Books, Nueva York, 2003.

- Villarino, Ángel, “Contribuye China a la recuperación” en *Mural*, 17 de junio de 2012, Guadalajara, México.
- Wang Jisi, “China’s Search for a Grand Strategy: A Rising Great Power Finds Its Way” en *Foreign Affairs*, vol. 90, núm. 2, Nueva York, marzo-abril 2011.
- Wendt, Alexander, “Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics” en *International Organization*, vol. 46, núm. 2, Cambridge, Primavera 1992.
- Wight, Colin, *Agents, Structures and International Relations, Politics as Ontology*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.
- Xinhua, “Railway Symbolizes Sino-African Friendship”, en *China Org.*, 23 de junio de 2006, disponible en <http://www.china.org.cn/english/features/wenjiabaoafrica/172496.htm>
- Xinzhong Yao, *An Introduction to Confucianism*, Cambridge University Press, Cambridge 2000.
- Yu-lan Fung, *A Short History of Chinese Philosophy*, Free Press, Nueva York, 1997.
- Zhefuss, Maja, *Constructivism in International Relations: The Politics of Reality*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.